

La nueva política de seguridad nórdica¹

*Luis M. Mora Fernández-Rúa

A Arne Olav Brundtland

El contexto internacional de *postguerra fría* ha supuesto profundos cambios en la política de seguridad de los países nórdicos. En este sentido, Suecia y Finlandia han desempeñado un papel determinante al reformular sus tradicionales políticas de neutralidad y solicitar la admisión en la Unión Europea y, de esta manera, integrar su Política Exterior y de Seguridad Común. Estas decisiones, unidas a las transformaciones en el sistema internacional, han obligado, a su vez, a los demás Estados nórdicos a redefinir sus estrategias. En este nuevo marco y dada la ampliación del concepto de seguridad, la cooperación internacional y regional a todos los niveles se ha convertido en el principal instrumento de la actual política de seguridad nórdica.

EL CONCEPTO DE EQUILIBRIO NÓRDICO

Cualquier análisis de las transformaciones experimentadas por la política de seguridad escandinava debe tener como punto de partida el legado de la Guerra Fría. Durante las más de cuatro décadas que separan el fin de la Segunda Guerra Mundial de la caída del muro de Berlín y de la desintegración de la Unión Soviética, la política de defensa de los países escandinavos estuvo fundamentada en el concepto del equilibrio nórdico². Esta idea, formulada por el presidente finlandés Paasikivi (1946-56), se basaba en la creencia de que el

*Postgraduado en Historia. Tesis de licenciatura en la Universidad de Oslo.

principal interés de la Unión Soviética en Escandinavia no era la expansión ideológica o militar, sino el mantenimiento de la seguridad en este área y de su prestigio como superpotencia. De esta manera, el equilibrio nórdico fue posible por tres razones³:

- Ningún Estado escandinavo representaba una amenaza militar para otro Estado escandinavo.

- Toda amenaza militar a países nórdicos procedía de fuentes no nórdicas.

- Los Estados no nórdicos con intereses en la zona, especialmente los Estados Unidos y la Unión Soviética, se mostraron cada vez más satisfechos con la estabilidad alcanzada en la región.

Sin embargo, la política nórdica de seguridad se apoyó también en la existencia de un equilibrio de poder estable en Europa y en sus efectos favorables en el mantenimiento de la paz. Así, la seguridad de cada uno de los Estados escandinavos poseía un valor estratégico para las principales superpotencias ante la eventualidad de una *Tercera Guerra Mundial*. Por consiguiente, estos países adoptaron políticas diferentes pero al mismo tiempo complementarias. Finlandia promovió la idea europea de seguridad y de cooperación. Así, la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa tuvo lugar en Helsinki en 1975 con el apoyo de los demás países escandinavos, tanto Suecia como los miembros nórdicos de la OTAN. En realidad, durante la bipolaridad todos ellos intentaron evitar los recelos de la Unión Soviética ante eventuales ataques a través de territorio escandinavo al tiempo que preservaban su propia seguridad nacional por todos los medios posibles.

En el caso de la política de seguridad finlandesa, ésta se basó en su capacidad para defenderse de la Unión Soviética dentro de las limitaciones impuestas tanto por el Tratado de Paz de París (1947) como por el Tratado de Amistad, Ayuda y Cooperación Mutua firmado en 1948 con la Unión Soviética. Este último acuerdo se basaba en la obligación de Finlandia como Estado independiente de resistir por todos los medios posibles cualquier ataque de Alemania o de Estados aliados de ésta a su territorio o, en su defecto, al de la Unión Soviética a través de suelo finlandés. En el caso de que Finlandia no pudiera hacer frente al ataque, la URSS se comprometía a asistirle o bien a luchar conjuntamente. Ambas partes también acordaban consultarse en caso de amenaza de ataque. De hecho, este tratado no implicaba una alianza regular, por lo que no se contemplaban operaciones o ejercicios militares conjuntos. En realidad, el principal objetivo de Helsinki durante la Guerra Fría era convencer a la URSS de la sinceridad de sus intenciones y de la inexistencia de amenaza militar a través de territorio finés. En este sentido, es significativo el hecho de que durante la presidencia de Paasikivi raramente se mencionara el término *neutralidad*, haciendo especial énfasis en el carácter amistoso de las relaciones con la URSS. Sería su sucesor, Urho Kaleva Kekkonen (1956-80), quien acuñara públicamente el concepto de la neutralidad finesa.

Suecia, por su parte, finalizada la Segunda Guerra Mundial, adoptó una política de defensa clara y precisa, definida a menudo como neutralidad, que hacía hincapié en

el hecho de verse libre de cualquier obligación derivada de alianzas internacionales. Cabe recordar que el lema de la política sueca era *libertad de alianzas en tiempos de paz para poder permanecer neutral en caso de guerra*. De esta manera, era Suecia la única a quien correspondía interpretar su política. Esta postura de neutralidad se apoyó en una capacidad militar importante⁴.

En cuanto a Dinamarca, su problema de defensa durante el último siglo había sido Alemania. Sin embargo, la posterior adhesión de ambos países a la OTAN contribuyó a suavizar esta situación. Por su parte, Noruega había experimentado en su propia carne la vulnerabilidad de países pequeños y con una situación estratégica. De esta manera, el Gobierno noruego se convirtió en el más firme defensor de la adhesión escandinava a la Alianza Atlántica⁵. Esta actitud estuvo motivada principalmente por la existencia de una frontera común con la Unión Soviética en el norte del país y por las disputas territoriales en las islas Svalbard. Un hecho determinante en la decisión noruega también fue el golpe de Checoslovaquia en 1948. Por último, Islandia, país que no había participado en la Primera Guerra Mundial y que, durante la Segunda, había sido protegido por la flota británica, adquirió progresivamente importancia vital para los Estados Unidos.

No obstante, y para no levantar susceptibilidades soviéticas, los tres miembros nórdicos de la OTAN se mostraron contrarios a aceptar bases militares extranjeras en tiempos de paz. En este sentido, la política noruega de no aceptación de bases militares extranjeras fue formulada a través de una nota diplomática dirigida a las autoridades soviéticas a principios de febrero de 1949, en la que se afirmaba que Noruega sólo aceptaría la presencia de dichas bases en su territorio en la eventualidad de verse atacada o bajo amenaza de ataque⁶. Por su parte, Dinamarca articuló una política similar mediante una declaración unilateral del *Folkesting*⁷. En el caso islandés, que entró en la Organización Atlántica bajo la misma condición, la Guerra de Corea conduciría a un acuerdo sobre una base estadounidense en Keflavík.

La actitud de las dos superpotencias ante la estabilidad en la zona se caracterizó, como ya mencionamos, por su relativa conformidad. No obstante, la URSS observó con inquietud cualquier aumento de la influencia militar y política alemana o norteamericana en la zona. En consecuencia, Moscú sugirió en varias ocasiones una disminución de la dependencia nórdica respecto a la OTAN, siendo estas advertencias ignoradas o rechazadas por Suecia y los miembros nórdicos de la organización. Finlandia, en cambio, debido a su particular situación, se vio obligada a considerar estas sugerencias más seriamente. En cuanto a la Alianza Atlántica y los Estados Unidos, su presencia en la zona apuntaba esencialmente a prevenir abusos soviéticos en el norte de Europa. En este sentido, una incursión soviética en territorio noruego hubiera representado un riesgo para la seguridad de las líneas transatlánticas de comunicación⁸. Así, la OTAN apoyaba de manera implícita las líneas directrices de las políticas de defensa de todos los Estados nórdicos.

LOS CAMBIOS DE LA POSGUERRA FRÍA

Paradójicamente, el fin de la Guerra Fría se ha producido bajo circunstancias particularmente pacíficas⁹. El bloque del Este y la propia Unión Soviética se han desintegrado sin un conflicto armado con el Oeste. En este sentido, la Alianza Atlántica y la Unión Europea, organizaciones que la Europa occidental y los Estados Unidos habían creado décadas atrás para contrarrestar la amenaza soviética, han desempeñado el papel de instrumentos de transición. Por su parte, la cuestión alemana, uno de los tradicionales campos de batalla entre los dos bloques, ha finalizado con una Alemania unida que forma parte del Oeste, siendo la unificación aprobada por los cuatro grandes poderes y por todos sus vecinos.

En el Norte de Europa, con el final del conflicto Este-Oeste y la desintegración de la URSS, el modelo de política de seguridad basado en el llamado *equilibrio nórdico* ha perdido su razón de ser. De esta manera, los efectos producidos por las transformaciones en el Este han sido particularmente importantes para aquellos países de la zona que durante el período anterior mantuvieron una política de neutralidad. Es por ello que, de los cambios experimentados en el escenario nórdico, destaca la voluntad sueca y finlandesa de integrarse en la Unión Europea y de reformular con ello sus políticas de neutralidad. Este hecho coincide también con la reiteración del compromiso militar por parte de los miembros escandinavos de la OTAN y la preocupación generalizada de los cinco países nórdicos por la evolución en la antigua Unión Soviética.

No obstante, los cambios van más allá de los aspectos puramente militares. En este sentido, se puede decir que Finlandia ha entrado en una nueva etapa de su independencia y que, por primera en su historia como Estado soberano, puede tomar la iniciativa y contribuir a la estabilidad de las regiones vecinas situadas al este y al sur de sus fronteras¹⁰. Estas transformaciones también podrían aplicarse en distinto grado al resto de los Estados nórdicos. De la misma manera, la reciente y activa intervención diplomática sueca en las desavenencias entre Rusia y Estonia es un reconocimiento del potencial de las democracias escandinavas en la estabilización de la región una vez finalizada la Guerra Fría. Destaca igualmente la iniciativa danesa en la creación de un Consejo de Cooperación Báltico y el papel que están realizando los Estados nórdicos en el noroeste del ex imperio soviético, esto es, las fronteras noruega y finlandesa.

Aunque no se trate de una organización militar, la Unión Europea, en especial después del Tratado de Maastricht y de la Política Exterior y de Defensa Común, ha adquirido ciertos compromisos en la seguridad europea. Desde 1989, la que fuera Comunidad Económica Europea se enfrenta al desafío de afianzarse y ampliarse. De hecho, Maastricht apuntaba a profundizar las relaciones económicas, monetarias, políticas y posiblemente también las militares para encarar mejor la situación en Europa después de la caída del muro de Berlín. No obstante, este esfuerzo de aproximación se

ha visto obstaculizado, entre otros, por la oposición danesa y británica y las dificultades económicas de la mayoría de sus miembros. En cambio, la incorporación de algunos de los miembros de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) ha contribuido a su intención de expansión.

Durante la bipolaridad, la adhesión sueca a la Comunidad Económica Europea fue descartada por Estocolmo debido a su política de neutralidad. Sin embargo, tras la caída del muro de Berlín y después de la firma de la Carta de París para una Nueva Europa (CP) en noviembre de 1990, resultaba imposible, desde el punto de vista intelectual y político, mantener esta actitud respecto a la integración en Europa. En cualquier caso, hay que señalar que la incorporación sueca ha estado notablemente influenciada por cuestiones económicas¹¹. Después de su integración a la Unión Europea, han surgido, en el ámbito nacional, diferentes interpretaciones de las consecuencias de esta adhesión. Por un lado, el Moderata Samlingspartiet (Partido de Unión Moderada) considera que el concepto de neutralidad ya no es válido para definir la política sueca y que, en cambio, ésta debiera caracterizarse por una voluntad integradora. Por el contrario, los socialdemócratas estiman que Estocolmo no debe apartarse de unas directrices que durante tanto tiempo han dado resultados tan satisfactorios. De momento, el debate interno no ha encontrado un nombre que defina la nueva política de seguridad sueca, pero lo cierto es que existe una clara predisposición para cooperar con otros Estados dentro del respeto por la libertad de alianzas. Según palabras del primer ministro sueco Carl Bildt: “Nadie defiende a Suecia y nosotros nos defendemos solos”¹².

En el caso finlandés, la caída del bloque soviético ha supuesto también una reducción del comercio con los Estados de la Europa del Este. Asimismo, Finlandia ha experimentado importantes reveses en sus tradicionales mercados en Suecia y Gran Bretaña. El interés de Finlandia en la Unión Europea tiene, por tanto, un componente económico importante, pero también intenta impedir dejar al país en una zona fronteriza entre la Unión Europea y Rusia¹³. La aceptación de la Política Exterior y de Seguridad Común Europea ha significado una revisión de su política de neutralidad en tiempos de paz. En este sentido, Helsinki aprovechó la progresiva debilidad de Moscú, especialmente desde el fallido golpe de 1991, para declarar su intencionalidad de retirarse del Tratado de Amistad, Cooperación y Ayuda Mutua (1948) y reformular así las bases de las relaciones ruso-finlandesas. A éste le sucedería un acuerdo de *buena vecindad*, concluido en el invierno de 1991-1992, en el que no aparecen cláusulas de alianza militar de ningún tipo de manera de quedar Helsinki libre para su admisión en la Unión Europea. Curiosamente, sin embargo, ahora el discurso oficial finlandés hace más hincapié sobre la tradicional neutralidad del país que durante la bipolaridad ya que considera que esta posición es de mayor trascendencia para la nueva estabilidad rusa y, por ende, internacional¹⁴. Así, el Gobierno finlandés se ha esforzado en recalcar su no pertenencia a ninguna alianza militar y su esfuerzo por una defensa nacional independiente y creíble.

En cuanto a la OTAN, la ampliación a los países del Este ocupó el primer lugar de la agenda durante la Cumbre que esta organización celebró en enero de 1994. De ello se derivaron dos aspectos de particular interés para la región nórdica y báltica, esto es, por una parte, cómo considera la Alianza Atlántica esta expansión y, por otra, qué implicaciones geopolíticas tendría¹⁵. Según algunos analistas, este último punto supondría un aumento de la influencia alemana, situaría a la Organización Atlántica inmediatamente en los flancos de los Estados Bálticos y, por consiguiente, conllevaría un cambio significativo de las relaciones con Moscú.

Respecto a la actitud nórdica en relación a esta organización militar, el Gobierno sueco, al igual que el finlandés, aprueba la presencia militar estadounidense en Europa así como el papel político que desempeñan los Estados Unidos. En este sentido, se ha llegado a hablar desde Estocolmo del interés sueco por una mayor cooperación militar nórdica que incluya una conexión con Gran Bretaña y Estados Unidos, sugiriéndose incluso la posibilidad de una asociación particular con la OTAN¹⁶.

En lo que se refiere a los miembros escandinavos de esta organización militar, éstos han reiterado su voluntad de permanecer en la organización y han aceptado su nueva estrategia por lo que una eventual retirada de las tropas norteamericanas de Europa no sería vista con buenos ojos. Noruega, único miembro de la organización militar que comparte frontera con Rusia, ha mantenido reservas respecto a una OTAN ampliada que pueda atentar contra la cohesión del grupo y, más concretamente, ante la eventualidad de tener que optar entre Europa y EEUU. A pesar de que su problema de seguridad se ha visto disminuido tras el final de la Guerra Fría, Oslo estima actualmente que el riesgo clave sería la marcada pérdida de interés internacional y su marginalización de Europa. Este fue el sentimiento del ministro de Defensa noruego, Jørgen Kosmo, al comprobar el poco interés en los asuntos nórdicos que demostraron sus colegas durante el Consejo de la OTAN en la primavera de 1993¹⁷. Es por ello que la adhesión a la UE también era considerada de una importancia crucial para el Gobierno de Oslo.

Por su parte, Dinamarca, el que fuera el único miembro nórdico de la Unión Europea hasta el año pasado, considera que ha llegado la hora de fortalecer sus relaciones con la nueva Alemania dentro del marco de la Unión. El interés de Copenhague reside en una internacionalización de sus relaciones con Alemania a través de estructuras que enfatizan el papel de la Alianza Atlántica y de los Estados Unidos, así como la inclusión de otros países nórdicos en la Unión Europea. Por último, el caso islandés reviste ciertas particularidades tanto por su situación geográfica como por su dependencia económica del sector pesquero. Si la posición de Reykjavik con respecto a la Organización Atlántica es clara, las recientes batallas pesqueras con la Unión Europea no permiten pensar en un cambio de actitud a corto plazo respecto a Europa.

En otro ámbito, la cuestión rusa continúa siendo de gran relevancia para todos los países nórdicos, en particular ahora que el presente y el futuro de la ex-Unión Soviética

aparece mucho más difícil de predecir. Como primera potencia militar en Europa, Rusia es quizás el único Estado con un poderío bélico significativo y un posible interés en una guerra en este área. Esto hace que los Estados nórdicos se muestren especialmente inquietos por las disputas internas entre eslavófilos y los prooccidentales. De ahí que la nueva política de seguridad escandinava se esfuerce en promover una cooperación regional a todos los niveles a través de la democracia y la economía de mercado con el objetivo de mantener la estabilidad en la zona.

En este sentido, los Estados escandinavos se han mostrado especialmente sensibles a la evolución de las relaciones entre la nueva Rusia y las Repúblicas Bálticas. Así, sus primeros ministros, reunidos en Bornholm en 1992, adoptaron una política conjunta apoyando la petición báltica sobre la rápida retirada de las fuerzas rusas de los territorios de estos países. El posicionamiento escandinavo se fundamentó en el principio de que las fuerzas no invitadas de Estados extranjeros no deben ocupar el territorio de ningún Estado¹⁸. Sin embargo, su actitud ha sido más prudente respecto al problema de las nacionalidades¹⁹. En este caso, los Gobiernos nórdicos han sido partidarios del uso de la moderación para evitar de esta manera posibles conflictos con Rusia.

Por razones fronterizas, Finlandia y Noruega son las más directamente afectadas por la evolución de la situación en Rusia. En el caso finlandés, Moscú podría continuar con una situación de debilidad que le impida ocuparse del país vecino o, por el contrario, recuperar sus aspiraciones tradicionales en la zona. De esta manera, la integración finlandesa en la Unión Europea es considerada como un medio de minimizar las consecuencias de esta segunda perspectiva²⁰. Por su parte, Noruega desearía un mayor interés por parte de Rusia en su zona fronteriza común. La frontera ruso-noruega cubre sólo 169 km. y fue considerada pacífica incluso durante la Guerra Fría. Los problemas en la zona han derivado del interés estratégico soviético en el establecimiento de un importante complejo militar y naval en la península de Kola. Actualmente, el mal estado de las centrales nucleares, la polución derivada de esta industria y la inexistencia de un acuerdo de delimitación de la plataforma continental en Svalbard de acuerdo con el derecho internacional inquietan a Oslo, mientras en Moscú tales cuestiones ocupan los últimos lugares de la agenda. A esto se añade que, aunque los acuerdos de control de armas entre los Estados Unidos y Rusia han supuesto una mejora, esta última potencia mantiene todavía una destacada presencia militar y no se ha mostrado dispuesta a renunciar a su importante flota de submarinos en el mar de Barents.

Respecto a la posición de los Estados Unidos, la falta de cohesión y de coherencia de su política exterior y de defensa ha tenido implicaciones para la región báltica y nórdica²¹. La administración Clinton considera esta área como relativamente estable en caso de una invasión militar o un desastre medioambiental. Como resultado, las soluciones regionales para la seguridad y el comercio interregional han sido bien acogidas por Washington siempre que no afecten negativamente a sus intereses económi-

cos. Sin embargo, según opinión de los actores regionales, existe el riesgo de que la complacencia estadounidense se convierta en indiferencia si los asuntos regionales pierden interés para Washington.

RETOS Y REALIDADES DE LA NUEVA POLÍTICA DE SEGURIDAD

El concepto de *seguridad* después de la Guerra Fría se ha hecho mucho más difícil de definir al abarcar otras áreas además de la estrictamente militar. De hecho, la disminución de un peligro militar inminente ha visto la consiguiente aparición de otras dimensiones del problema de la seguridad²². Así, por ejemplo, las crisis del petróleo durante la década de los setenta ya pusieron de manifiesto el problema de la seguridad económica. Posteriormente, los accidentes nucleares y las amenazas medioambientales han demostrado la creciente necesidad de ampliar la noción de seguridad a estos fenómenos. En otro terreno, los recientes conflictos étnicos y religiosos de la post-Guerra Fría han hecho reflexionar sobre lo que se ha dado en llamar seguridad cultural. En este sentido, la ampliación del concepto de seguridad ha llevado a la adopción de estrategias basadas en una cooperación multidimensional.

Ante estas nuevas circunstancias, también los países nórdicos han debido reformular las líneas directrices de sus políticas de seguridad. La larga tradición de interacción en todos los ámbitos de estos países no sólo ha contribuido a un mejor entendimiento y estabilidad en la región, sino que actualmente sirve de fundamento a estas nuevas estrategias²³. De esta manera, en el contexto de postbipolaridad, su política de seguridad apunta tanto a una dimensión internacional como al reforzamiento de los vínculos militares entre los Estados nórdicos y, en particular, de la cooperación política, económica y cultural con los Estados ribereños del Báltico para una mayor integración en un área de seguridad regional.

Como se ha mencionado anteriormente, este esfuerzo debe, a su vez, enmarcarse dentro de una tendencia generalizada en el escenario europeo²⁴. Desde 1989 han proliferado las organizaciones en el marco de acuerdos de seguridad en Europa. Por ejemplo, organizaciones internacionales no particularmente activas hasta ese momento, como la Comunidad Económica Europea (CEE) y la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), han recogido el tema, mientras han surgido nuevos organismos, tales como el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN) y el Consejo Báltico. Muchas de estas organizaciones, no obstante, tratan otras cuestiones aparte de las de seguridad.

En este sentido, los acuerdos nórdicos sobre seguridad europea occidental incluyen a las Naciones Unidas, la CSCE, el CCAN, la OTAN, la Política Exterior y de Defensa Común de la Unión Europea y la Unión Europea Occidental (UEO). Actualmente, el interés de los Estados nórdicos en la cooperación internacional está concentrado, como hemos visto, en las diferentes actitudes hacia la UE. Dinamarca, por ejemplo, ha mantenido en los últimos años dos referéndums sobre esta cuestión. Así, en 1992, los daneses rechazaron por un estrecho margen el Tratado de Maastricht, votando un año después a favor de una versión revisada del mismo. La última de las cuatro condiciones a las que se hallaba sujeto el voto danés incluía la no aceptación de una política de defensa común. El resultado es que Dinamarca no puede ser miembro pleno de la UEO y, por tanto, ha solicitado el estatuto de observador. En este sentido, Islandia y Noruega, países que no pertenecen a la UE, han optado por la asociación con la UEO. Suecia y Finlandia, por su parte, parecen partidarias de adoptar la misma postura que Copenhague.

En cuanto al ámbito regional, se ha constatado un reforzamiento del papel del Consejo Nórdico de Ministros. Es en este escenario en el que se inscribe la voluntad que desde 1992 vienen demostrando los primeros ministros nórdicos para elevar la cooperación al más alto nivel político. Aunque formalmente no existe una política exterior y de seguridad común, se han llevado a cabo actuaciones conjuntas en materia de defensa nacional. El Consejo Nórdico ha abandonado las limitaciones impuestas por la Guerra Fría y organiza regularmente debates sobre temas de política exterior y de seguridad. La primera de estas reuniones fue promovida por el ministro noruego Thorvald Stoltenberg y tuvo lugar en noviembre de 1992 en Aarhus (Dinamarca), a la que seguiría un año después el encuentro de Aaland (Finlandia)²⁵. Asimismo, la reunión de Bornholm y el envío de fuerzas conjuntas a algunas operaciones de paz de Naciones Unidas son muestra de esta nueva intencionalidad.

En el terreno estrictamente militar, la cooperación nórdica muestra una clara tendencia a incrementarse. La colaboración, por ejemplo, entre Suecia y Dinamarca respecto a material bélico posee una larga tradición que no se interrumpió ni aun durante la Guerra Fría. Por su parte, las relaciones entre Noruega y Suecia, que también datan de largo tiempo, se han visto sustancialmente intensificadas, convirtiéndose Suecia en el principal proveedor noruego de armamento. Asimismo, ambos países han acordado una aproximación conjunta a terceros mercados. Por otro lado, en 1993, Noruega y Finlandia celebraron un acuerdo con el objeto de promover una cooperación en este campo.

La nueva estrategia regional nórdica se relaciona en particular con los retos que plantea el hecho de que Rusia se haya convertido en fuente de nuevas amenazas a pesar de no presentarse ya como un enemigo declarado de Occidente²⁶. Estos peligros son especialmente percibidos en algunos Estados nórdicos debido al mal estado de centrales nucleares rusas en San Petesburgo, Carelia, la península de Kola y el mar de Barents. Es por ello que se considera necesaria y urgente una cooperación en la zona que implique, entre

otros, la mediación y los incentivos político-económicos para tratar las controversias ruso-bálticas. En este sentido, la relación entre el norte de Europa y los Estados bálticos puede compararse con la que existe entre la Europa occidental y la central y del este. No sólo por proximidad geográfica, sino también por afinidades culturales y lazos históricos, Estonia, Letonia y Lituania están particularmente próximos de los Estados nórdicos.

Los Estados escandinavos han establecido una división de sus prioridades, dirigiendo cada uno de ellos sus inversiones a aquellas zonas de Rusia y del Báltico que más les interesan. Así, Finlandia, por su posición geográfica, ha demostrado un especial interés por la región de Carelia, San Petesburgo y Estonia, mientras Suecia y Dinamarca han concentrado sus iniciativas en las tres Repúblicas bálticas. Noruega, por su parte, no siendo en realidad un Estado ribereño del Báltico, ha priorizado el noroeste de Rusia, esto es, la zona en la que ambos países comparten frontera.

En este marco de colaboración entre los países nórdicos y los bálticos, han aparecido organismos subregionales como el Consejo de Cooperación del Mar Báltico, el Consejo del Mar de Barents y el Consejo Báltico.

El Consejo de Cooperación del Mar Báltico, que no debe confundirse con el Consejo Báltico²⁷ compuesto por las tres Repúblicas bálticas, se constituyó en 1992 con la participación de los diez Estados ribereños del Mar Báltico: Rusia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Alemania, Dinamarca, Finlandia, Suecia y Noruega, a los que también se añadió la Comisión de la Unión Europea. Los principales temas de su agenda son la cooperación para el medio ambiente y el control de la inmigración ilegal en la zona.

Por su parte, la Cooperación del Mar de Barents está integrada por Rusia, Finlandia, Suecia, Noruega, Dinamarca e Islandia. Asimismo, la UE, los EEUU y Canadá enviaron representantes a la reunión inaugural que tuvo lugar en Kirkenes (Noruega) en enero de 1993. En el plano local, las comarcas septentrionales de Nordland, Troms y Finmark en Noruega, Norrbottn en Suecia, Laponia en Finlandia y Murmansk y Arkangelsk en Rusia son las más directamente afectadas por esta iniciativa. Existe, así, un consejo de ministros de asuntos exteriores que trata temas nacionales mientras que estas comarcas forman un consejo subregional. En el caso de Finlandia y Rusia, esta actitud se inscribe dentro de las intenciones del nuevo tratado bilateral de enero de 1992 en el que se acuerda la promoción conjunta de relaciones en diferentes ámbitos a través de autoridades públicas centrales, regionales y locales²⁸.

El objetivo de la Cooperación del Mar de Barents es transformar el espíritu de confrontación de la bipolaridad en una mayor colaboración regional destinada a explorar nuevas posibilidades. Por un lado, Occidente está interesado en el control de las irregularidades medioambientales así como en invertir en una región rica en recursos naturales. Rusia, a su vez, se interesa en la adquisición de capital y nuevas técnicas de gestión y en el acceso a los mercados internacionales. De todos modos, una de las posibles respuestas a esta nueva circunstancia sería que la región sirva de puente entre Rusia

y la Europa occidental y democrática de manera de que la región no pierda importancia y no se marginalice en el contexto internacional.

En contraste con el período de Guerra Fría, los países nórdicos han dejado de vivir en un rincón relativamente tranquilo. En estos momentos, su destino parece estar más estrechamente ligado que nunca al del resto de Europa. Es así que, desde el fin de la bipolaridad, la Europa Occidental y la del Norte comparten las mismas inquietudes sobre los riesgos e incertidumbres de la evolución de la Federación Rusa y de otros Estados postsoviéticos.

La desintegración del bloque del Este ha obligado a los países escandinavos a una búsqueda activa de nuevos vínculos con instituciones occidentales. En el aspecto económico, la mayoría de las élites de Finlandia, Noruega y Suecia consideran que no hay subsistencia posible fuera de la integración a la Unión Europea. Sin embargo, su adhesión no sólo debe verse en términos económicos sino que, de alguna manera, también implica un nuevo compromiso en la seguridad europea. Existe el temor de que, en los años venideros, en el caso de consolidarse la integración occidental y de que se extiendan sus instituciones económicas y militares hacia el Este, los europeos del norte queden marginados.

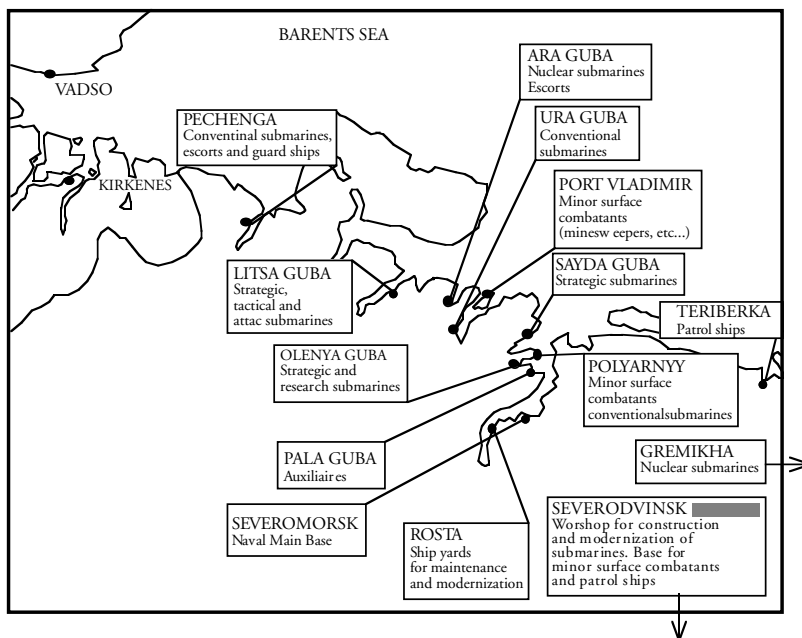
En el ámbito regional y a pesar de la ausencia de una política común de cooperación en materia de seguridad y de la existencia de ciertos intereses divergentes, los países nórdicos han mostrado durante los últimos años una clara voluntad política en esta dirección. Esta se ha fundamentado esencialmente en la combinación de respuestas nacionales, nórdico-europeas e internacionales cuyo enfoque militar, político y económico persigue una cooperación multidimensional en la zona para la creación de un espacio regional estable.

Russian ground forces in Northern Military District

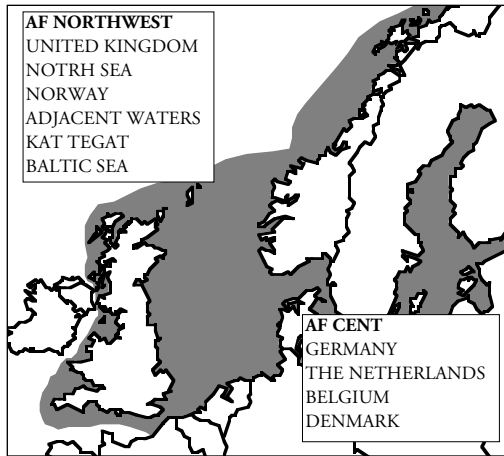
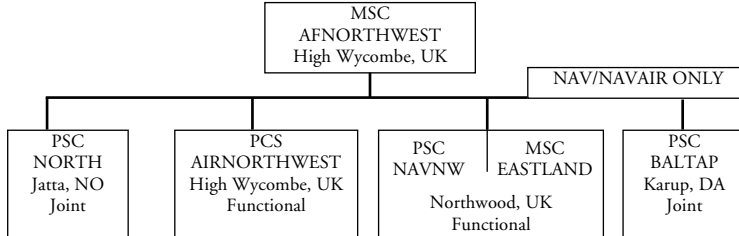
- 1 Army Headquarters
- 1 Army (corps) headquarters
- 1 Airborne division
- 1 Air assault brigade
- 2 Naval Infantry Brigades
- 2 Spetsnaz brigades (one in Northern Fleet)
- 5 Motorized rifle divisions
- 3 Independent motorized rifle brigades
- 1 Coastal defence brigade
- 3 Independent artillery brigades
- 2 Artillery regiments
- 3 SAM Anti-Aircraft Brigades
- 3 SCUD/I-A/C.SS-21 brigades



Naval Bases on the Kola Peninsula



NATO's new command structure in the North



Referencias bibliográficas

- Andrén, N. et al. (1977) *The Future of the Nordic Balance*, Estocolmo.
- Archer, C. (1989) *The Uncertain Alliance*, Oslo.
- Archer, C. (1995) *Future Security Arrangements in the Nordic and Baltic Regions*, Nordic-Baltic Security. An International Perspective, CSIS (Center for Strategic & International Studies of Washington) y NUPI (Norwegian Institute of International Affairs of Oslo), pp. 113-31.
- Barrios, P. (1994) "El pacto de estabilidad en Europa", *Política Exterior*, nº 40, vol. VIII, pp. 21-30.
- Blomberg, J. (1993) "Finland's Evolving Security Policy", *NATO Review* 1:93.
- Brundtland, A.O. (1966) "The 'Nordic Balance' Past and Present", *Cooperation and Conflict*, 1:2, pp. 30-66.
- Brundtland, A.O. (1995) *Nordic Security at the End of the Cold War: Old Legacies and New Challenges*, en *Nordic-Baltic Security: An International Perspective*, CSIS-NUPI, pp. 1-30.
- Brzezinski, Z. (1995) "La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN", *Política Exterior*, nº 43, vol. IX, pp.14-28.
- Butkevicius, A. (1993) "The Baltic Region in Post-Cold War Europe", *NATO Review* 41:1.
- Cambone, S.A. (1995) *The Implications of U.S. Foreign and Defense Policies for the Nordic and Baltic*

- Region*, Nordic-Baltic Security: An International Perspective, CSIC-NUPI, pp. 63-80.
- Collinson, S. et al. (1993) "A Wider European Union? Integration and Cooperation in the New Europe", Royal Institute of International Affairs *Discussion Papers*, nº 48, Londres.
- Finnish Institute of International Affairs (FIIA), ed. (1992) *Yearbook of Finnish Foreign Policy*, 1992, FIIA, Helsinki
- Gaddis, J.L. (1992) *The United States and the End of the Cold War*, Oxford.
- Holst, J.J. (1972) *Five Roads to Security*, Oslo.
- Hubel, H. (1993) *Finnland nach dem Ost-West-Konflikt. Vom Randstaat zum Stabilisierungsfaktor*, *Europa-Archiv*, nº 15, pp. 443-50.
- Hubel, H. (1995) *Nordic and Baltic Security after the East-West Conflict: A German View*, *Nordic-Baltic Security: An International Perspective*, CSIC-NUPI, pp. 81-98.
- Huntington, S.P. (1993) The Clash of Civilizations, *Foreign Affairs*, nº 73, pp. 22-49.
- Knudsen, O. (1993) "Baltic Security: Domestic Factors", *Working Papers*, nº 493, Norwegian Institute of International Affairs, Oslo.
- Kuuk, M. et al. (ed.) (1992) *The Baltic Sea Area: A Region in the Making*, Oslo.
- Le Marc, G. (1994) "Los Estados bálticos tres años después", *Anuario Internacional CIDOB*, pp.457-475.
- Lejins, A. (1995). *Latvia in a Post-Cold War Europe*, *Nordic-Baltic Security. An International Perspective*, CSIC-NUPI, pp. 31-55.
- Lundestad, G. (1980) *America, Scandinavia and the Cold War, 1945-1949*, Oslo.
- Oberg J. (ed.) (1992) *Nordic Security in the 1990s. Options in the Changing Europe*, Londres.
- Oznobistchev, S. (1995) *Russia in Its Neighboring Environment: New Challenges and New Policy?*, *Nordic-Baltic Security. An International Perspective*, CSIC-NUPI, pp. 99-112.
- Skodvin, M. (1971) *Norden eller NATO? Utenriksdepartementet og alliansespormalet, 1947-1949*, Oslo.
- The Military Balance in Northern Europe 1994-1995*, The Norwegian Atlantic Committee, Oslo.

Notas

1. Por Estados nórdicos se comprende los tres países escandinavos: Dinamarca, Noruega y Suecia, a los que se añaden Finlandia e Islandia. Estos cinco países forman el llamado *Norden*, también denominado norte de Europa o región nórdica.
2. Brundtland, A.O. 1966 *The 'Nordic Balance' Past and Present*, *Cooperation and Conflict*, 1:2, pp. 30-66.
3. Brundtland, A. O. 1995 *Nordic Security at the End of the Cold War: Old Legacies and New Challenges*, *Nordic-Baltic Security. An International Perspective*, CSIS (Center for Strategic & International Studies of Washington) y NUPI (Norwegian Institute of International Affairs of Oslo), pp. 1-30.
4. Suecia había comenzado a armarse durante los años 30 y continuó esta política a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. En 1948-49, se había convertido en una destacada potencia militar. El

gasto militar ocupó un puesto relevante en el presupuesto sueco hasta los setenta cuando Estocolmo adopta la llamada doctrina de los retos marginales. Dicha doctrina se basaba en la creencia de que el grueso de los conflictos entre las superpotencias no se dirimirían en terreno sueco y que, en cambio, existía el riesgo de que Suecia se viera implicada en luchas marginales.

5. Skodvin, M. 1971 *Norden eller NATO? Utenriksdepartementet og alliansespørsmålet*, 1947-1949, Oslo.
6. Lundestad, G. 1980 *America, Scandinavia and the Cold War*, 1945-1949, Oslo.
7. Lundestad, G. 1980 *op.cit.*
8. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
9. Hubel, H. 1995 *Nordic and Baltic Security after the East-West Conflict: A German View*, Nordic-Baltic Security. An International Perspective, CSIS-NUPI, pp. 81-98.
10. Hubel, H. 1993 *Finnland nach dem Ost-West-Konflikt. Vom Randstaat zum Stabilisierungsfaktor*, Europa-Archiv, nº 15, pp. 443-50.
11. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
12. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
13. Blomberg, J. 1993 *Finland's Evolving Security Policy*, NATO Review 1:93.
14. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
15. Cambone, S.A. 1995 *The Implications of U.S. Foreign and Defense Policy for the Nordic-Baltic Region*, Nordic-Baltic Security. An International Perspective, CSIS-NUPI, pp.63-79.
16. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
17. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
18. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
19. Lejins, A. 1995 *Latvia in a Post-Cold War Europe*, Nordic-Baltic Security. An International Perspective, CSIS-NUPI, pp. 31-55.
20. Cambone, S.A. 1995 *op.cit.*
21. Cambone, S.A. 1995 *op.cit.*
22. Huntington, S.P. 1993 *The Clash of Civilizations, Foreign Affairs*, nº 73, pp. 22-49.
23. Debe recordarse que los países nórdicos no han mantenido guerras entre sí desde 1814 y, especialmente desde la independencia noruega en 1905, no ha existido siquiera la posibilidad del uso de la fuerza en sus relaciones.
24. Archer, C. 1995 *Future Security Arrangements in the Nordic and Baltic Regions*, Nordic-Baltic Security: An International Perspective, CSIS-NUPI, pp. 113-130.
25. Brundtland, A.O. 1995 *op.cit.*
26. Hubel, H. 1995 *op.cit.*
27. La creación del Consejo Báltico se hizo necesaria ante la falta de voluntad política de los Estados nórdicos de incluir a las tres Repúblicas bálticas en sus deliberaciones oficiales. Este órgano sirve de instrumento de comunicación con las instituciones nórdicas y su objetivo principal ha sido la rápida retirada de efectivos rusos.
28. Finnish Institute of International Affairs (FIIA), ed. 1992. *Yearbook of Finnish Foreign Policy, 1992*, FIIA, Helsinki.